LIGERAS CONSIDERACIONES

ACERCA DE LOS
FUNDAMENTOS CIENTÍFICOS DE LA LLAMADA

MEDICINA DOSIMÉTRICA

TESIS

PARA EL CONCURSO A LA PLAZA DE PROFESOR ADJUNTO
A LA CÁTEDRA DE PATOLOGÍA GENERAL EN LA ESCUELA NACIONAL DE MEDICINA
DE MÉXICO

POR

TOMÁS NORIEGA.

MÉXICO
IMPRENTA DE IGNACIO ESCALANTE
BAJOS DE SAN AGUSTIN, NUM. 1.

1887

Universidad Nacional Autónoma de México
UNAM
Biblioteca Central
Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Señores:

DESPUÉS de la terrible prueba á que quise yo mismo sujetarme, alentado por excelentes amigos cuyo valor científico y cuya buena intención he reconocido siempre, me encontraba en un estado de depresión cerebral difícil de describir y del que solo acaso los que se han encontrado en lugar como el mío se pueden formar idea. En esas circunstancias volvieron á acercarse á mí los mismos amigos de antes, é hicieron que, tal vez sin saber yo mismo lo que hacía, volviera á sujetarme á otra prueba nueva, quizá más terrible aún que la de la vez primera. Hoy es imposible retroceder. Los presentes renglones he tenido que escribirlos á toda prisa, en medio de los estudios indispensables, y sin la calma y el tiempo necesarios para corregirlos.

Pido, pues, vuestra indulgencia.

HACE algún tiempo comencé á recibir, á la vez que otros compañeros míos, un periódico español intitulado: "*Revista de Medicina Dosimétrica.*" El hecho de que tanto á mí como á mis amigos se nos remitiera gratis y sin haberla solicitado, y la circunstancia de venir anunciados siempre, con profusión y entusiasmo, y recomendados *exclusivamente* los gránulos fabricados por un sólo fabricante, que lograba así vender á la enorme suma de 360 pesos la onza de sulfato de estricnina (en México), me hicieron comprender el verdadero caracter de la nueva propaganda: no era todo mas que una desvergonzada especulación; no valía la pena de ocuparse más en ello; no volví á leer la Revista.

Pasó algún tiempo, y un día supe con pena la muerte de un excelente amigo mío que, bastante

candoroso, se había puesto en manos de un apóstol del nuevo sistema, que le aplicó los alcaloides defervescentes para librarlo del tifo, con tan buen éxito que perdió para siempre su calor. Al mismo tiempo, y como si este primer revés, tan sensible como público, hubiera sido un gran triunfo, comenzó este mismo médico, algunos otros de notorio saber y una turba de jóvenes empolvados, sin criterio propio y sin terapéutica, á propagar animosos el bello ideal que con frases resonantes y charlatanesca seguridad, prometía á sus favoritos la mencionada Revista. A las promesas halagadoras siguieron reveses y decepciones, y más de una vez he sabido y he visto yo mismo gravísimas faltas de pronóstico, tan necesario para la reputación del médico, y para las mismas familias verdaderos envenenamientos é imperdonables descuidos de la indicación principal. Esto hizo que me fijara yo más en los diarios dosimétricos y después que pensara en escribir en contra, no del sistema que por sí mismo se destruye, sino de la candidez de los que con buena fe lo propagan y lo siguen. Lo que es más doloroso es que esta especulación haya venido á sorprender á la España y á la América latina cuando

en Francia, en Alemania é Inglaterra se la ve con el más profundo desprecio: ¿será esto por falta de desarrollo intelectual? ¡Ah, no! yo pienso que es por ese exceso de buena fe que según el Barón de Montesquieu, ha puesto en manos del extranjero todo el comercio de España y sus descendientes.

LA PATOLOGÍA GENERAL.

Buscando entre los autores clásicos ortodoxos del nuevo sistema, reconocidos por el jefe supremo, me encontré con algunas obras de un Doctor portugués, el Doctor Oliveira Castro; estas obras, que tengo en en mi escritorio, son: Los Elementos de Terapéutica y Clínica, y la Defensa de la Dosimetría. En la primera de estas obras no hay tal clínica ni tal terapéutica, á no ser que así se quiera llamar á un resumen por orden alfabético de los diversos gránulos de Chanteaud y de los diversos síntomas que están llamados á combatir, y á una serie de cuadros sinópticos de todas las enfermedades, precedidos de un ligero resumen en que, sin demostración, se dice casi lo mismo que lo que contienen los mismos cuadros. No se diga que he buscado la peor obra, al contrario, la de que hablo está precedida de un prólogo del mismo Dr. Burgraeve y coronada por él con la gran medalla de oro. Pero dejemos digresiones á un lado; en esta obra está el resumen de la patología general

dosimétrica, y esto sí es muy importante, tanto más cuanto que una nueva escuela, la única lógica, la única racional, la única del buen sentido, como confiesa el mismo Dr. Burgraeve, debía estar apoyada en doctrinas filosóficas más ciertas que las que entre nosotros corren, ó tenía que interpretar los mismos principios de diferente manera.

Hondo desconsuelo debe sentir el neófito de buena fe cuando en la segunda página se encuentra con que según el mismo autor, no hay modo de orientarse en la práctica de la medicina dosimétrica.

"La vía más natural (dice el Dr. Oliveira) de orientarse en la práctica, sería leer los libros que exponen la doctrina dosimétrica. *Pero* la verdad es, que la Biblioteca dosimétrica carece de un tratado que enseñe al clínico á sacar las consecuencias prácticas de los principios formulados por el venerable jefe de la escuela dosimétrica: el nuevo Manual (1877) no sólo es muy compendiado, sino que ni está al nivel de los progresos que han hecho después los alumnos del "*maestro.*"— El libro del mismo Oliveira no llena la laguna que él mismo señala, pues con justicia, ni el nombre de formulario debería llevar, y ni aun lo men-

cionaríamos si no fuera por sus prolegómenos de Patología general: veamos cómo habla de la vida de la enfermedad, del medicamento, etc., etc.

"La vida no tiene definición."—Ojalá que aquí se hubiera quedado el Dr. Oliveira.—Pero veamos sin traducir todo, ni profundizar demasiado, cómo sigue discurriendo el laureado autor.

"Concebimos sin gran repugnancia que un átomo de materia pueda estar en un reposo completo; pero no concebimos la existencia de cuerpos sin que la materia esté sin cesar en movimiento."—Yo no puedo, ni creo que se pueda concebir el reposo de la parte y el movimiento del todo.

Véase este otro párrafo tan nebuloso como el otro: "Una fuerza no existe sin *movimiento;* pero es más bien el resultado y el efecto que la causa del *movimiento.* La diferencia importante, en apariencia, entre los movimientos ocultos é invisibles, es la que causa la confusión entre la fuerza y el *movimiento.*— Como el *movimiento* es transmisible, no necesita de la intervención de fuerzas como causa. ¡¡Más bien las fuerzas deben ser consideradas como efectos, que son también movimientos, pues los movimientos no pue-

den producir más que movimientos, y lo mismo que los movimientos son las únicas causas de movimiento, lo mismo las fuerzas pueden ser á la vez causas y efectos de movimiento!!"—

Dice Virchow que si se diera tormento á un médico para obligarlo á dar la definición de un tumor, no la daría, y puede también decirse que si se le diera al que no entendiera el párrafo que he citado, ninguno podría escaparse.

Pero vamos adelante: "La materia conserva *siempre* la misma masa y la misma cualidad," y dice después, que "los movimientos que la animan la hacen tomar formas y propiedades físico–químicas diferentes."—¿Cuál de las dos proposiciones es la verdadera? Una tiene que ser falsa.

"La fuerza de inercia puede ser considerada como el movimiento propio, como la cualidad *esencial* de la materia: debería llevar el nombre de vibratilidad."

"Todos los otros movimientos se ejercen sobre éste, pueden aumentarlo, pero son incapaces de destruirlo, porque es *esencial.* Los otros aumentan, disminuyen, se descomponen, se transforman; él permanece y queda

permanente, mientras que todos los otros tienen fin y desaparecen.—Pues bien; si la *vibratilidad* es la propiedad esencial de toda materia, y no solamente de la materia viva, debemos deducir que la vida es un movimiento accesorio cuyo origen está en otra parte y no en la materia misma."—He aquí resucitado de Leibnitz y de Descartes lo que nunca debiera volver á ver la luz; he aquí otra vez á la inercia erigida en fuerza, fuera de la materia, según Descartes; la inseparable de ella, según Leibnitz; y he aquí, en fin, al organismo vivo animado de dos movimientos, uno vibratorio como el de toda materia, y otro, según el mismo autor que voy copiando, que reside fuera del organismo. ¿Pero cuál será éste? No se sabe, pues más abajo leemos: "No debemos admitir la existencia de una substancia extraña al organismo que presida los actos vitales."—Tampoco admite el autor la existencia de una fuerza, puesto que en la misma página dice terminantemente: "debemos eliminar toda idea de fuerza del principio vital: en la vida no hay fuerzas, hay movimientos." Véase el abismo profundo en que el autor se hunde más y más por querer, como dice tan bien Preyer, explicar lo inexplicado por lo inex-

plicable, y sustituir, como el Mefisto de Goethe, una palabra sonora cuando nos falta una idea.

Pero lo más notable es, que después de semejantes delirios dice muy serio: que el problema "está simplificado" y busca en el reino mineral algo que "lo ayude á formarse una idea de lo que es el movimiento vital," y lo encuentra en el magnetismo del fierro!! y dice después, que "el movimiento, siendo una propiedad y no una substancia, no tiene naturaleza;" y más adelante, que "la vida es un movimiento de la misma naturaleza que las otras fuerzas físico-químicas;" y termina, en fin, con esta definición: "la vida es una *vibración especial* de la materia, que da lugar á formas particulares y se manifiesta por funciones que no son más que la expresión fenomenal de esta vibración, transformada en movimientos físicos y químicos, mecánicos ó psíquicos."

—"La muerte es la transformación del movimiento vibratorio, especial á la vida en otras modalidades de movimiento."

Satisfecho el autor de sí mismo, dice que "ha explicado los fenómenos de la vida!! y que se puede uno formar así idea *clara* de los fenómenos vitales, y que

el movimiento vital determina *cierta polarización (?)* en las moléculas, y que así, no es difícil explicar cómo se forman las celdillas." Yo, por mi parte, confieso mi torpeza: no sé todavía, ni aun con esta explicación, cómo se formarán, ni he entendido bien esos fenómenos tan complexos.

No contento Oliveira con haber explicado los fenómenos de la vida, entra en el laberinto de los fenómenos psicológicos, compara el pensamiento y la voluntad con la luz eléctrica: "Alma de la electricidad; luz cuyo modo original ignoramos; luz diferente de todas las otras luces; vibración diferente de todas las vibraciones;" y concluye el capítulo definiendo el alma como "la concentración de todos los movimientos transmitidos, el conflicto de todas las vibraciones modificadas en el transcurso de los cordones nerviosos." En este capítulo de intento me he detenido, porque, según el mismo Oliveira, "de la noción de la vida deriva la de la enfermadad, la de la salud, y la de los medios de restablecerla:" si es esto cierto, el que haya comprendido los fenómenos de la vida podrá fundar un sistema, el que no, nó.

El autor laureado comprende, según acabamos

de ver, el reposo de la parte y el movimiento del todo (pág. 8); niega toda fuerza, sustituyéndola con movimientos; resucita las ideas de Leibnitz y de Descartes en lo que á la inercia se refiere. Niega la *naturaleza* de la vida, en un párrafo, para volvérsela á dar en el párrafo siguiente; compara la vida con el magnetismo del fierro, y el pensamiento y la voluntad con la luz eléctrica; prueba de que ni una ni otros ha comprendido; y nos dota, en fin, de una alma más pasiva que la que Descartes otorgó á los animales. El laureado autor sustituye á cada paso ideas obscuras con palabras sonoras, y nos quiere hacer creer en vibraciones especiales, polarizaciones de las moléculas, movimientos vitales, etc., que se desfiguran más al quererlos explicar.

Vemos, pues, que el autor se aparta de toda escuela filosófica y científica, sin poder formar una nueva. No es materialista, porque busca el origen de la vida fuera de la materia; no es animista, porque no admite nada extraño á la materia que ejerza sobre ella acción; no es positivista, porque no se limita á dar lo cierto como cierto y lo dudoso como dudoso; evoca y hace hablar, sin decir sus nombres, á filóso-

fos antiguos que hablan con términos modernos; no puede ni debe fundar una nueva escuela porque mezcla indistintamente principios falsos y verdaderos de muchos filosófos y autores que no están acordes entre sí: y ni consigo mismo es consecuente; le falta, pues, el buen criterio y la lógica, condición indispensable para todo hombre de ciencia, más aún si es el representante de una nueva escuela.

LA ENFERMEDAD.

Quien acerca de la vida se expresa de la manera que se ha visto, da á comprender claramente cómo se expresará acerca de la enfermedad.

"La enfermedad es en su origen una diminución notable y permanente del movimiento vital que anima al organismo."—"Todas las enfermedades son asténicas."—La manera más fácil de producir un aumento notable de vitalidad, sería provocar el estricnismo."—"Pero obrando así se prorrumpe en convul-

siones, es decir, la transformación del exceso del movimiento vital, en trabajo mecánico, en calor y en reacciones químicas."—"Los que admiten enfermedades hiperesténicas son víctimas de una ilusión."—"La excitabilidad es la propiedad de desalojar el movimiento vital que se exagera en ciertos puntos y disminuye en los puntos cercanos."—"Las enfermedades son primitivamente dinámicas."—"La causa más insignificante, capaz apenas al principio de producir una perturbación dinámica, puede volverse punto de partida de numerosos efectos dinámicos y somáticos."

He tomado al azar estas proposiciones enunciadas magistralmente, porque, como se ve, se refutan por sí mismas; en ellas se ven las mismas tendencias á sustituir con palabras las ideas que no se entienden, la misma falta de consecuencia consigo mismo, y no quisiera decirlo, la misma mala fe que en el capítulo anterior, ó como dice en una frase, que todas las enfermedades son asténicas, y en la siguiente que el estricnismo, que también es una enfermedad producida por la estricnina, es hiperesténico.

¿En qué se funda para decidir que el movimiento vital disminuye? ¿Cómo y cuándo puede compren-

derse científicamente que se puedan separar las lesiones estáticas y dinámicas, cuando bien se sabe que las lesiones sin materia, que disminuyen día á día, no testifican más que nuestra ignorancia? Ese movimiento vital comparable á las árqueas de Van Helmont, me dejaría perfectamente tranquilo, si no fuera porque de ahí surgen hipotéticas indicaciones que, dejando á un lado el movimiento vital, pueden causar perjuicios á los verdaderos seres portadores de esa *vibración especial*, como se llama dosimétricamente la vida.

Para que se pueda ver todo lo monstruoso de las proposiciones que he transcrito, permítaseme que copie textualmente las palabras que á este respecto dijo en un discurso el profesor Schütrenberger, notable filósofo y eminente clínico: "Para seguir adelante sin perderse en nebulosas abstracciones, sepamos aceptar la fuerza y la materia, el órgano y sus funciones, la organización y la vida como una unidad indivisible en la realidad viviente. Un vitalismo abstracto que haga que intervengan propiedades y movimientos no podrá resolver jamás problemas patológicos y terapéuticos. Toda cuestión que, bajo el punto de vista

práctico verse sobre la cuestión de saber si la enfermedad consiste *esencialmente* en una lesión somática ó dinámica, es prematura, ociosa é insoluble; y da por resultado consecuencias estériles ó falsas y puntos de vista limitados. No caminan así al progreso las ciencias experimentales. Todas las discusiones acerca de la esencia de la causa primera de la vida no han hecho dar un paso para comprender al organismo, pues EL PRINCIPIO VITAL está fuera del alcance de la ciencia experimental, es la causa *desconocida* de un efecto general conocido. Todas estas discusiones en Patología no harán dar un paso para la comprensión del organismo enfermo, pues la *causa primera* de las enfermedades, como la de la vida, está fuera del alcance de la observación. Si la fisiología ha remontado el vuelo es porque ha renunciado á penetrar el misterio impenetrable de la vida, porque se ha convencido de que *experimentalmente* la vida no es más que un encadenamiento de causas y de efectos cuyo *primum movens* se nos escapa, pero cuyo maravilloso mecanismo en la materia organizada y viva puede en ciertas condiciones ser objeto de una ciencia positiva."

LOS MEDICAMENTOS.

Desde el momento en que la química orgánica empezó á seguir con fruto las huellas que Lavoisier dejara en la química mineral, empezaron á brotar como en una creación nueva, mil productos definidos con infinidad de aplicaciones á las artes, las ciencias y la industria.—Cada medicamento, cada veneno, cada substancia notable por su color y su olor, fué sometido al más minucioso análisis, y fué obligado á entregar el secreto antes oculto de sus propiedades, despojado de lo inerte, en masa mucho menor y de un empleo mucho más sencillo. Tan notable adelanto debió seducir y sedujo, en efecto, no tan sólo á los químicos, sino á todos los amantes de lo sencillo y lo verdadero; y esta seducción se extendió al vulgo, y todo el mundo comprendió el adelanto al recibir sus beneficios. Los verdaderos médicos, dispuestos siempre á aprovechar en beneficio de la humanidad todos los adelantos de todas las ciencias, que nunca pierden de vista, fueron de los primeros que, aprovechando tales adelantos, beneficiaron con ellos á la humanidad doliente.—A la quina se sustituyó la quinina, al opio

la morfina, la atropina á la belladona, y no hubo alcaloide descubierto que no se ensayara por los fisiologistas para ver la tolerancia de éste por los diversos organismos: si mataba, cómo y por qué mataba; y si producía tal ó cual síndrome, cómo y por qué lo producía, y sobre qué elementos obraba. De los laboratorios del químico pasó á los del fisiologista, y de éstos llegaba á las clínicas y al uso particular del médico en la clientela civil.

Al principio el uso excesivo y exclusivo de estos principios activos, químicamente puros, se hizo general; después fué disminuyendo: ¿por qué al nacer la morfina no murió el láudano? ¿Por qué sobreviven aún los polvos de digital, y tanto y tanto medicamento compuesto? ¿Es por la rutina? No, puesto que al principio se recibió á los recién venidos con entusiasmo y aun hoy se les emplea siempre que están indicados. ¿Por qué, pues, cuando son más sencillos, menos voluminosos y cien veces más activos? Ah! porque el clínico vió que muchas veces el alcaloide no lograba, tan bien como el extracto, la vieja tintura ó los polvos, dominar la enfermedad; porque se convenció de que la química no había logrado aún sacar toda la parte ac-

tiva de algunos principios, y de que tal vez la mezcla con las otras substancias que por ignorancia llamamos inertes, favorezca el modo de obrar de los principios activos. Los químicos han venido después á dar razón á los médicos, encontrando en el opio, por ejemplo, otros cinco alcaloides, todos más ó menos activos –de muchas substancias se ignora aún, con precisión, cuál es la parte activa;– en fin, la química, como lo demuestra el isomorfismo, aunque muy adelantada, no ha llegado, por desgracia, al *non plus ultra;* y suponer que sí lo ha hecho es renunciar al progreso y conformarse ignominiosamente con lo poco que se sabe: emplear, siempre que se pueda, los principios activos aislados, es adelanto, es progreso. Emplearlos *exclusivamente* es ignorancia en clínica, es capricho ó mala fe, es retroceso.

Se ve, pues, que los dosímetras emplean los alcaloides que la química, la fisiología y la clínica asociadas han vulgarizado. Que los emplean por gránulos, lo que según confesión de ellos mismos no es nuevo; ó por gránulos disueltos, lo que es puramente risible (véase á Oliveira en "Emetina"). ¿En qué se diferencían, pues, de nosotros en cuanto á terapéuti-

ca? En que emplean exclusivamente las substancias activas con perjuicio de otros muchos medicamentos que no merecen tal desdén; en que según ellos rehusan las dosis grandes (massives), lo cual no es exacto sino para las substancias que solo obran á alta dosis, pues los alcaloides los dan á dosis enormes, lo que ha causado ya en México más de un envenenamiento; en que pretenden yugular las enfermedades *cíclicas*, lo cual demuestra error de diagnóstico ó falta de observación, pues en el tifo verdadero, por ejemplo, he sido testigo varias veces de la falta de yugulación por los dosímetras. El empleo constante de la estricnina, basado en que todas las enfermedades dependen de una diminución del principio vital, es, como el mismo principio, hipotético, y puede ser perjudicial, por más que la estricnina sea un excelente medicamento aplicable á infinidad de casos. El empleo simultáneo de tres y más alcaloides (es la regla dosimétrica), basados en las acciones fisiológicas que los alópatas han descubierto, es ilógico, antifisiológico y absurdo, pues es desconocer del todo el antagonismo vital.

Se ve, pues, que la medicina del "porvenir" no puede serlo aún del presente:

Pues, 1º, en cuanto á su filosofía es hipotética, ilógica é inconsecuente consigo misma.

2º Los medicamentos que emplea, y el modo de administrarlos en gránulos, no son nuevos.

3º Su plan terapéutico, como el principio en que se apoya, es hipotético.

4º La asociación de principios activos de acciones contrarias, es ilógica y antifisiológica.

5º La yugulación de las enfermedades es un error de observación.

El hecho de considerar como cismáticos, como ya en Madrid pasó, á todos los que no consuman los gránulos de Chanteaud, y el repartir con profusión y gratuitamente, diarios que no son más que anuncios disimulados de las drogas de este fabricante, que ha inundado verdaderamente con sus productos á España, Portugal y toda la América, demuestra, en fin, que la llamada Escuela Nueva no es más que una vergonzosa especulación.